

LA VOCACIÓN TRANSGENERACIONAL Y LA PSICOLOGÍA LATINOAMERICANA.

BABYBOOMERS, MILENNIALS

Y *CENTENNIALS* ANDANDO JUNTOS

TRANSGENERATIONAL VOCATION AND LATIN AMERICAN PSYCHOLOGY.

BABY BOOMERS, MILLENNIALS, AND GENERATION Z

WALKING TOGETHER

Manuel Calviño

Facultad de Psicología

Recibido: 22-11-2025

Aceptado: 01-12-2025

Publicado: 01-06-2026

Cómo citar este artículo:

Calviño M. (2026). La vocación transgeneracional y la psicología latinoamericana. Babyboomers, millennials y centennials andando juntos. Revista Cubana de Psicología, 8(13), 6-16. <http://www.psicocuba.uh.cu>

RESUMEN

En este artículo, el autor insiste en que las instituciones de la psicología profesional, se empeñen en construir un diálogo conjunto de convergencias y elaboración entre las nuevas generaciones —marcadas por el mundo digital, cibernético, online— y las de los intentos disruptivos de construir una psicología más apegada a las necesidades de los pueblos de nuestro continente. Ello supone construir procesos que dialoguen con las necesidades, los modos comportamentales, los modelos mentales y las expectativas de las diferentes generaciones que conviven en un momento histórico determinado de nuestros países y, por ende, de nuestras instituciones, tanto de las profesionales, como de las académicas y educativas.

Palabras clave: psicología, intergeneraciones, América Latina. asociaciones de psicología.

La ULAPSI (Unión Latinoamericana de Entidades de Psicología), en particular, nació con una vocación integradora, solo que inicialmente fue una vocación de integración diferenciada, sobre la base de cambios y el establecimiento de diferencias con las instituciones tradicionales del continente. Las especificidades generacionales no se percibían, me atrevo a decir que no eran relevantes. Creo que esta es una situación clave que tenemos que afrontar. Para los «mayores», las distancias generacionales, las diferenciaciones generacionales hace 50 o 60 años atrás eran mínimas, los segmentos eran más parecidos.

Probablemente, la primera ruptura profunda y que supuso cambios en las miradas nacionales sucedió en la década de 1960, los años correspondientes al triunfo de la Revolución Cubana, del surgimiento y auge de las guerrillas latinoamericanas, de los movimientos sociales y estudiantiles en América Latina, verdaderamente diferenciadores y que marcaron época (Calviño, 2024), así como los movimientos estudiantiles en Europa —incluyo, sin dudas, a los hippies—, es decir, una época de cambios, de luchas para lograr transformaciones esenciales. Obviamente, la psicología no quedó fuera de esa revolución, de esos movimientos de cambios, aunque se produjeron varias escisiones.

Hoy tenemos otra situación. Hoy tenemos unos cambios distintos. En los años 60 del siglo pasado estábamos mirando sobre todo a cambios que se producían desde lo ideológico y político de los movimientos políticos, sociales y culturales. Cuando «Plataforma» y «Documento» se separaron de la asociación psicoanalítica en Argentina, intentaron y lograron fundar proyectos distintos. No se trataba solo de un ejercicio teórico, un ejercicio conceptual académico. Era sobre todo un ejercicio político. «En nuestro país estos cuestionamientos se manifestaron en aquellos analistas que en la década de 1970 formaron los grupos “Plataforma” y “Documento”, los cuales realizaron la primera ruptura en la APA (Asociación Psicoanalítica Argentina). Para llegar a este momento se dieron importantes debates y polémicas ideológicas» (Carpintero, Vainer, 2009).

Cuando en los años 1960 también aparecieron algunos grupos de trabajo asociados a los movimientos de liberación entre los psicólogos, no eran sencillamente cambios de paradigma profesional. No era solo flexibilizar los paradigmas hegemónicos existentes. No. Eran cambios que suponían una mirada política e ideológica, cultural, distinta para la psicología, en tanto obviamente su problema, sus conceptualizaciones, los puntos sobre los cuales recaía la mirada de los profesionales de la psicología, eran distintos. Justamente decíamos que la psicología dominante que nos encontramos en los años 1960 en América Latina, era similar a la que se hacía en Estados Unidos. Y esto sucedía en Brasil, Cuba, Chile, Argentina. Era una psicología bastante «limpiada», bastante pulcra, de los problemas reales de los países en la época. Sobre esa base, el debate fue básicamente ideológico, político, lo que obviamente suponía

miradas distintas a los modos de hacer y pensar la psicología. Había que revertir las hegemonías, dejar atrás la dominancia de los modelos estadounidenses y europeos, especialmente los primeros, por la sencilla razón de que esta era una hegemonía intencionada, con fines colonialistas (Martín, 1986).

Si hubo una intencionalidad clara y fuerte de penetrar desde Estados Unidos, por decirlo de una manera, el pensamiento psicológico latinoamericano y de convertirlo en pensamiento psicológico poco latino y muy estadounidense, latino en minúscula y americano en mayúsculas. Eso fue y es una cosa importante. Se intentaba romper, revertir las hegemonías políticas e ideológicas, las hegemonías culturales y las hegemonías paradigmáticas de la psicología; descentrar el punto del ombligo ortodoxo de la psicología, llevándolo a un nuevo espacio conceptual y práctico: la realidad de nuestros países, la realidad de nuestros pueblos. Era esto lo que marcaba los empeños de esa época.

Eran conocidas las asociaciones de psicología, antes de los años 1960, sobre todo, asociaciones de psicología clásicas, que calcaban lo que pasaba en Estados Unidos o Europa, desde sus modelos de estructuración y los componentes teóricos que la animaban. Todo en un calco básicamente de Estados Unidos y, sin duda alguna, como sabemos, Estados Unidos propició que esto fuese así, mediante intercambios, becas, subvenciones, en fin, participamos de esas instituciones que fueron comprando nuestro pensamiento.

Precisamente, por esa época, se empezó a tomar conciencia de que esas instituciones no satisfacían los anhelos de los profesionales latinoamericanos de la psicología y se pasó entonces a la construcción de asociaciones alternativas. Esto es importante. Es un proceso que se prolonga en el tiempo, hasta las décadas de 1980 y 1990, incluso hasta los años 2000, y estas instituciones alternativas, por ejemplo, AMAPSI (Asociación Mexicana de Alternativas en Psicología), Cátedra Libre, ULAPSI, ALFEPSI (Asociación Latinoamericana para la Formación y la Enseñanza de la Psicología), han tenido en su esencia un decir no, construir una barricada en contra de aquellos modelos hegemónicos, reproductivos, modelos que por ciento, hasta el día de hoy, marcan la sede mayoritaria de la psicología, especialmente en los ámbitos académicos, en las universidades.

¿Y por qué en las universidades?, porque es evidente que los ámbitos profesionales tienen más libertad de ejercicio, de sus normativas, de sus modelos de funcionamiento, etcétera. Las universidades mucho menos. Esta discusión, de hecho, animó muchos encuentros de ULAPSI en sus inicios, cuando se discutía si efectivamente las instituciones universitarias deberían estar en ULAPSI. Había entidades de psicología, sobre todo de Brasil, que decían que no, que de ninguna manera. Y defendían su negativa aduciendo que el universo académico está muy sujeto a normativas que no pueden modificar, que

imprimen un modelo de actuar bastante sesgado, acorde a esas normativas. Si alguien tiene la más mínima duda de la normopatía de los espacios académicos, que revise todo lo que tiene que ver con qué se considera una publicación científica en la academia, cuáles son las normas que se establecen, qué cosas son las revistas de alto impacto que podrán tener muy alto impacto bibliográfico, pero prácticamente no miran a la realidad de nuestros países, aunque se establecen como normas de funcionamiento en los espacios académicos.

Entonces, podemos decir que hasta principios de este siglo el diálogo fundamental de resistencia, el diálogo fundamental alternativo, el diálogo fundamental contestatario, respecto a los modelos hegemónicos, a su ausente mirada hacia la realidad de nuestros países, de nuestros pueblos, fue el diálogo con las realidades del continente, para construir una psicología que abrazara las zonas pecaminosas del conservadurismo intencionado, que asumiera el estudio y la acción sobre problemas, como discriminación, pobreza, violencia, en fin, los asuntos esenciales de la vida de los pueblos de América Latina.

Por cierto, estos modelos alternativos han ejercido una influencia positiva en algunas de las asociaciones más clásicas, que empezaron a abrir su diapason, a abrir sus puertas. En algunos casos, esto dependió — y depende— del equipo de dirección que esté al frente de la institución en determinado momento. Por ejemplo, en la SIP (Sociedad Interamericana de Psicología), que desde sus inicios en la década de 1950 y por muchos momentos ha sido dominada, en su dirección y la dirección de su revista, por psicólogos estadounidenses. Pero, por momentos, los psicólogos latinoamericanos y caribeños han tenido una presencia en ella y se notan las diferencias, lamentablemente, manteniendo una hegemonía epistemológica cuestionable.

Solo saldremos adelante y lograremos nuevos niveles de desarrollo si construimos una heterogeneidad epistémica. La epistemología convergente única y normativa, definitivamente maltrata la creatividad de los psicólogos, sobre todo latinoamericanos, porque por historia, cultura, idiosincrasia, debemos tener modos de pensar, modos de ser, modos de actuar muy distintos. Entonces, luchar contra las hegemonías; asumir nuestros compromisos políticos; mirar a nuestras realidades, a nuestros pueblos, a los problemas que viven nuestros países, a la búsqueda de soluciones, se presentan como los asuntos estructurantes de nuestro ejercicio profesional.

Pero hay una nueva realidad que todavía necesita ser asumida: un cambio fundamental que se está produciendo, quizás no tan disruptivamente, sino que empieza por abajo, por la demografía de las entidades.

Por ejemplo, si miramos un poco por encima el programa del Seminario de ULAPSI, de 2024 (<https://www.seminarioulapsi2024.com/programa.php>), se muestra como un programa excelente, verdaderamente implicado, comprometido con los problemas fundamentales que viven nuestros países. Pero llama la atención que algo que forma parte contundente, significativa, de los movimientos de ideas de las generaciones más contemporáneas, está prácticamente ausente, solo algunos trabajos, como «El laberinto digital, redes de conexión o trampas de aislamiento», otro que habla sobre el tema de las redes sociales, de los medios de comunicación digitales hoy, uno más sobre el ruido de la inteligencia artificial (IA) en la salud mental y otro en la psicoterapia.

Es decir, esa parte de nuestro mundo, esa realidad que vivimos hoy, que tiene que ver con las plataformas de comunicación; con la digitalización; con WhatsApp, Facebook, Instagram, en fin, prácticamente no está en nuestras reflexiones, prácticamente no está hablando en este seminario. No está y eso representa un riesgo fundamental: hoy, podemos hacer un cálculo aproximativo, cerca de 40 % a 45 % de las poblaciones con las que trabajamos, viven en ese mundo digital, son habitantes del universo digital.

Por eso, en el título de este artículo se usan conceptos traídos desde las dimensiones del mercado digital: *baby boomers*, *millennials*, *centennials* y otros, porque son las generaciones, sobre todo *millennials* y *centennials*, que están marcadas por la digitalización, por las redes sociales, por la red de redes. Lo sabemos, nuestros hijos, nuestros nietos, nacen con un mouse en la mano, con un smartphone en la mano, con un *tablet*, y realizan buena parte de su vida con esos instrumentos y sus modos operantes, con esas formas de operar, de coincidir, de las que muchos colegas dicen que no es participación y debemos rectificar: no es la participación, que los mayores conocemos y legitimamos, es otra, y si no lo entendemos y no participamos de ella, pues estaremos perdiendo presencia y nuestras intenciones sociales, políticas, ideológicas, culturales, irán perdiendo espacio. Porque esas generaciones no hablan el mismo lenguaje que nosotros los «mayores», no viven de la misma manera con nosotros.

Entonces, es necesario llamar la atención sobre la necesidad de una reflexión profunda, que facilite una incorporación de ese nuevo mundo, de ese nuevo universo de personas, de jóvenes, que se entusiasman mucho, especialmente por las cosas que nosotros le podemos decir, pero que viven en un mundo distinto. Y las cosas que nosotros le podemos decir tienen que ser dialogadas con esas personas que viven en este mundo para que no se pierdan, para que puedan realizar esa idea de la transgeneracionalidad, para que no desaparezcan por el camino, sino para que se refirman y se reanimen, se reinterpreten, se rehagan en las nuevas condiciones.

Traigo una anécdota. Yo tenía unos compañeros de trabajo en el Ministerio de Salud Pública (MINSAP) de Cuba. Se dedicaban a trabajar sobre la cesación del hábito de fumar, es decir, ayudaban a las personas para dejar de fumar. Siempre comentaban del éxito que tenían sus prácticas.

Un día, me encuentro a un gran amigo, uno de los más importantes representantes de la Nueva Trova, y me dice: «¿Tú conoces a la gente que trabaja en el hospital para que la gente deje de fumar?». Le contesté que sí, que los conocía, claro, en fin, algunos habían sido mis alumnos. Entonces me dice: «¡Qué buenos son!, gracias a ellos he dejado de fumar como diez veces».

Conversando después con mis colegas, les comentaba que no debían perder de vista que están trabajando fundamentalmente con personas que quieren dejar de fumar y participan de la intervención, con esa intención. Pero el universo de fumadores que queda afuera de los que quieren dejar de fumar es muy grande.

No sé si logro explicar mi analogía. Nosotros podemos tener un número importantísimo, grandísimo de personas jóvenes, estudiantes, jóvenes investigadores que vienen a buscar una alternativa más adecuada, ética, comprometida; que vienen a buscar coherencia en las instituciones, que siguen siendo alternativas, porque le ofrecen una mirada distinta al mundo diferente de aquellas que conocen. Pero el universo de los que vienen es incomparablemente menor que el universo de lo que pudiéramos decir son los jóvenes en América Latina, de los que componen esas categorías, un mercado tecnológico de los *millennials*, *centennials*, etc., y yo creo que nosotros no podemos renunciar a ellos. No podemos caer de alguna manera en lo que hicieron con nosotros en su momento. A nosotros nos satanizaron, nos dijeron que éramos más políticos, ideológicos, que eso no era psicología, es decir, todas estas cosas que sabemos. Nos satanizaron y nosotros no podemos reproducir la historia, porque si una vez se vive como drama, la segunda se vive como sátira —decía Marx— y verdaderamente no nos podemos dar ese lujo. Creo que esto es muy importante. No podemos satanizar, devaluar, excluir.

Lo que tenemos que intentar por todos los medios es sumar y sumarlos, no es decirles: «Mira lo que yo tengo, mira lo que te ofrezco, mira todo lo que significa desde el punto de vista social y cultural. Ven a mí». No, eso se acabó. Tenemos que ir nosotros a ellos, tenemos que entender sus modos de pensar y sentir, sus modos de actuar.

Todos los que estamos por encima de 50 y 60 años de edad y tenemos hijos en algunas de estas categorías sabemos las diferencias esenciales que se establecen. Ya los que trabajamos en las universidades y tenemos contacto con jóvenes lo sabemos. Hay una gran diferencia. Hay conceptos éticos, valores, que se han ido redibujando, yo no diría desdibujando, sino redibujando. Estoy pensando en conceptos, como

compromiso, no solo en el ámbito laboral o educacional, en todas las esferas de la vida. Es decir, hay un modo distinto de entender el compromiso, el sacrificio, el poder entender que todo tiene un costo y si queremos lograr algo hay que estar dispuesto a afrontar ese costo, todo eso se ha modificado. Las expectativas de hoy son absolutamente distintas. Las generaciones anteriores tenían propósitos claros, que pensaban que podían cumplir; tenían metas, tenían sobre todo sueños y tenían que ser las realidades para todos, compartidas, con las mismas capacidades y las mismas posibilidades para todos. Hoy no son pocos los jóvenes que ni tan siquiera pueden tener esas metas, porque el mundo con su lógica del capital y la exclusión se las ha quitado; porque la distribución hegemónica, racista, exclusivista y económica del mundo se las ha arrebatado; porque viven en condiciones extremadamente difíciles, donde la invitación básica es a la resignación y la resignación tiene un sentido de escapismo, de evasión, muy grande. Y eso tiene que ver con ese mundo tan impropio suyo, tan enajenado, de la cultura de las redes sociales, la cultura de la digitalización. Y son en este sentido distintos: no pueden vivir sin su teléfono, no pueden vivir sin su *tablet*, realizan sus contactos fundamentales a través de las plataformas de comunicación. Son definitivamente un universo distinto. Entonces, las asociaciones, las instituciones alternativas de psicología, tienen que generar las vías, los mecanismos, las ventanas, las puertas, los accesos de ese universo a las instituciones. Esta es una tarea fundamental y es fundamental, entre otras cosas, porque venimos de un mundo en que todo era más o menos claro; era muy fácil, relativamente fácil, entender dónde estaba la verdad y dónde la mentira, dónde estaba la propuesta y la sugerencia bien intencionada y dónde la malsana, y lo primero fue luchar justamente. Se está luchando todavía hoy con temas de la colonización, una colonización cultural, la colonización ideológica, la colonización psicológica (Calviño, 2024a). Por eso creo que tenemos que apoyar los trabajos que tienen que ver con la lucha emancipatoria, con la lucha contra la colonización, contra el proceso de colonización.

Pero ese sector juvenil de hoy vive en un mundo donde es muy complicado tomar partido, tomar una decisión acerca de lo que sí, lo que no, lo cierto, lo incierto. Se habla de la teoría de la posverdad, incluso de la post posverdad (¡qué galimatía!). El cinismo con que muchos gestores de las plataformas de estos medios operan es verdaderamente preocupante. Con una tranquilidad absoluta, te dicen que ya no importa si las cosas son verdad o no son verdad. Lo que importa es que la gente se la crea. Si la gente lo cree, lo consume. Y obviamente hay todo un proceso encaminado a que esto suceda, a que la gente se entregue al creer, sin filtros críticos, cuestionadores. Todo eso sobra. Observemos el asunto de los tiempos con los que trabajamos hoy, los tiempos en los que interactuamos, o la forma en que se nos presenta la realidad

en estos medios. La reflexividad es sencillamente impracticable. Es una guerra contra el pensamiento reflexivo, crítico.

Insisto, creo que tenemos que acercarnos a ese mundo, entrar en ese mundo con un sentido ideológico-crítico, en busca de un modelo de intercambio real. No entrar como mesías, no entrar con «esta es la verdad doctrinaria». Tenemos que encontrar formas novedosas de afrontar la vida, de intercambios vitales y existenciales. Yo a veces rememoro mi primer encuentro con la tecnología computacional, con la computadora: ¿para qué necesita un psicólogo una computadora, que tiene que ver un psicólogo o una computadora? La realidad nos ha llevado a que no podemos realizar nuestros trabajos básicamente sin tener determinados medios computacionales. Cuánto hemos podido avanzar, gracias a esos medios técnicos. Para las generaciones posteriores al año 2000, ya no son medios técnicos, sino instrumentos de vida; forman parte de su modo de vivir, de su condición de vida.

Tenemos que avanzar en la construcción de una nueva cultura de las relaciones humanas, incluidas las intrainstitucionales, asumiendo que el hecho fundante de la cultura es la intersubjetividad. Como bien señala Sabater (1997, p. 15):

Nuestro maestro no es el mundo, las cosas, los sucesos naturales, ni siquiera ese conjunto de técnicas y rituales que llamamos «cultura» sino la vinculación intersubjetiva con otras conciencias... La vida humana consiste en habitar un mundo en el que las cosas no sólo son lo que son sino que también significan; pero lo más humano de todo es comprender qué, si bien lo que sea la realidad no depende de nosotros, lo que la realidad significa sí resulta competencia, problema y en cierta medida opción nuestra. Y por «significado» no hay que entender una cualidad misteriosa de las cosas en sí mismas sino la forma mental que les damos los humanos para relacionarnos unos con otros por medio de ellas.

Entonces, nosotros estamos llamados a un esfuerzo, quiero decir, las asociaciones alternativas. Tenemos que hacer un esfuerzo fundamental para no quedarnos varados en esta nuestra historia rica, extremadamente rica, que ha producido cosas excelentes, que ha logrado modificar bastante el modo de concebir la psicología en nuestros países. No podemos detenernos en los logros del pasado. Tenemos que nutrirnos de esa nueva realidad y la mejor manera de hacerlo es que esas nuevas generaciones ingresen en nuestras instituciones, traigan ese potencial y lo pongan a dialogar con nuestra historia, con nuestras intencionalidades históricas, con nuestra vocación.

Yo creo que no hay destino favorable para una asociación que no sea capaz de asumir este reto y vencerlo, superarlo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Abraham N, Torok M (2005). La corteza y el núcleo. Amorrortu Editores.

Calviño M (2024). Psicología latinoamericana. Contextos y desafíos de su desarrollo. Alternativas cubanas en Psicología, 12(34), 5-18.

Calviño M (2024a). La hegemonía epistemológica como instrumento de colonización. En: Descolonizar la Psicología. Asociación civil Universidad de Ciencias y Humanidades, Fondo editorial. Perú, 45-64. Disponible en: <https://biblioteca-repositorio.clacso.edu.ar/handle/clacso/7007>.

Carpintero E, Vainer A (2009). La APA: Una filial de la internacional psicoanalítica. Los cambios sociales y culturales en la década del sesenta y el auge del psicoanálisis en la Argentina. Revista Topia. Disponible en: <https://www.topia.com.ar/articulos/la-apa-una-filial-de-la-internacional-psicoanal%C3%ADtica>.

Espinosa Baena D L (2010). Influencia de la Globalización en el contexto de la Psicología Social. Katharsis. Revista de Ciencias Sociales, (10), 83-94.

Martín Baró I (1986). Hacia una psicología de la liberación. Boletín de Psicología. UCA Editores. San Salvador, El Salvador, (22), 219-231.

Savater F (1997). El valor de educar. Editorial Ariel, Barcelona.